

La otra herencia de Koldo Mitxelena

José María Sánchez, *Txepetx*

La pregunta que se me hace y que no tiene una respuesta breve es ésta: ¿qué ha aportado Michelena al campo del que usted es experto o especialista. La pregunta que tiene una respuesta breve, aunque no fácil, requiere en cambio una pequeña “conmutación” gramatical: ¿qué me aporta (en el presente) Mitxelena a mi área de trabajo?

La respuesta es ésta: respecto al campo (al árbol en el que sigo cultivando mi propio *rizoma*) ha sido como el tutor de escuela y de jardinería. Lo ha sostenido en su crecimiento vertical, me ha impulsado a considerar cada proyección horizontal que se obtenía (en cada resultado “socializable”), como fase transitoria y no fase final, me ha ayudado a relativizar las heridas del tiempo, mostrando que lo que las cicatriza es la consistencia que le da al tronco cada nuevo estirón vertical.

No ha sido el único tutor, es verdad. Como esos tutores que están formados por una superposición de estacas según el árbol va ganando en grosor, en peso de ramas, bayas o frutos y en altura, otros apoyos han venido a tutorizar el crecimiento. Mi padre, Aingeru Irigaray, René Rangel, Caro Baroja, José Martín Palma, Iñaki Larrañaga, Alain Masson..., entre otros, han sido también tutores, y alguno de ellos, incluso, con el tiempo y la cercanía profesional, amigos. Tan diferentes como son (en talentos, en asignaturas) comparten la esencia de una misma función.

Pero sola o acompañada de otras, la tutoría de Michelena siempre ha estado ahí. Y es lo mismo respecto a mi proceso de aprendizaje, no es el único que he tenido ni como lingüista ni como persona, pero sigue —aún ahora en el recuerdo— impulsando un “plus ultra” de un modo muy suyo: cuando el lingüista puede torcer a la persona, sus refuerzos (sus

Koldo Mitxelenari zor diodana

Koldo Mitxelenak, aditua naizen jakintza arloan zer ekarri duen galdera erantzun beharrean, aldaketa bat txertatu eta hurrengo galderari erantzungo dio idazlan honek: Zer ekarpen egiten dit (gaur egun) Mitxelenak neure lan esparruan? Izan ere, Koldo Mitxelena hizkuntzalariarengan eta pertsonarengan, bietan aurkitzen dira aipatutako galderaren erantzunak. Hizkuntzetara gerturatzeko eta hauek bereganatzeko zuen gaitasuna gogoratzen digu, aparteko hizkuntza kompetentziaren jabe izaki; baita hizkuntzei buruzko jarrera ere, orduan ere ezohikoa zena, irekia, sana, jakin-minezkoa eta arduratsua. Lan honek, Koldo Mitxelenaren hizkuntza biografiatik abiatuta, bide egokitik goazen edo ez antzematen laguntzen digu, galdetuz egungo hezkuntza sistema, hizkuntza politika eta gizarte eragileak Koldo Mitxelenak erakutsitako eredutik gertu ala aldentuta ote dabiltzan. Apaltasuna, gizatasuna eta kontzientzia, bere osoan, ezinbesteko osagai gisa aurkezten zaizkigu lerro hauetan bere garaiko erronkei bezala, gaur egungoei, bide azertatutik erantzuten asmatzeko.

lecciones de refuerzo) son personales: Koldo como persona. Cuando la persona, en mí, puede torcer al lingüista (haciéndole olvidar que la música, por familiar o por exótica que en principio nos sea, cada quien la capta y la llega a ejecutar con maestría sólo desde su propio instrumento) sus lecciones de refuerzo son lingüísticas: Koldo como lingüista.



dad. De hecho es el hablante con mayor competencia lingüística que yo personalmente he conocido. Lo podemos expresar así: “un lingüista con un conocimiento poco común de idiomas muy diversos y un multilingüe fluido con un conocimiento racional extraordinario de los sistemas lingüísticos que ponía en circulación.” Por eso las ideas sobre el lenguaje de Mitxelena nunca deberían tomarse a la ligera, como tampoco se puede asimilar a la ligera su forma de expresión. Necesitan una preparación, me atrevería a decir que una “iniciación”, lingüística, sí, pero iniciación.

¿Cuál era la actitud de Mitxelena hacia las lenguas que conocía?

Una actitud aditiva (de suma), no sustractiva (de resta). No le tenía manía a ninguna, no pensaba que ninguna le sobraba, de hecho pensaba más bien que en cualquiera de ellas tenía “room for improvement” (margen de mejora); mejora que, a la menor oportunidad, no dejaba de concederse a sí mismo.

Les daba a todas ellas su valor. Y por tanto... en él las lenguas no dividían: porque multiplicaban la realidad de su percepción, multiplicaban su percepción de la realidad. Y porque multiplicaban su percepción de la realidad no tenía prejuicio alguno no sólo a las lenguas que conocía más o menos, sino hacia cualquiera lengua que desconociese.

Mitxelena hubiera sido incapaz de responderle “hábleme usted en cristiano” o cualquiera de esas lindezas a alguien que le hablara, incluso en la cocina de su propia casa, en una lengua que desconociera totalmente. Hubiera buscado una lengua común en la que poder entenderse con el interlocutor y, llevándolo educadamente al despacho, hubiera puesto inmediatamente en marcha su “grabadora mental” para aprovechar la oportunidad de incorporar elementos de ese nuevo sistema lingüístico. A poco que el otro tuviera cierta cultura gramatical le habría comenzado a preguntar cómo funcionaba en esa lengua el género, la voz pasiva, los pronombres personales, la semántica del parentesco... En lugar de acabar el día cabreado sintiéndose “colonizado”, habría acabado contentísimo porque su caudal lingüístico estaba ahora más lleno.

Estos dos aspectos están tan unidos en él, tan bien entrecruzados, que a la pregunta original que sirve como punto de arranque de este artículo también se puede responder así: en este ámbito, la mejor y mayor aportación de Mitxelena al especialista y a la especialidad es Koldo Mitxelena.

Como parece una respuesta irónica, y no lo es, voy a desarrollarla para que podamos entenderla en toda su seriedad y su actualidad.

Dentro de la teoría de los aprendizajes, que es el eje de mi tesis doctoral que él dirigió:

**¿Cuál es el perfil lingüístico de Mitxelena?
¿Cómo era su percepción de las lenguas?
¿Cómo su actitud ante ellas? ¿Cómo su uso, o mejor, su acción? ¿Cómo era su capacidad lingüística?**

Era un hablante completo de lenguas muy diversas. Conocía sistemas lingüísticos muy dispares, y era capaz de progresar con extraordinaria rapidez en ellos. No es en que todos hubiera hecho el viaje completo desde la ignorancia al conocimiento completo (¿cómo hacerlo con lenguas como el Hitita o el Antiguo Esloveno?) pero lo había hecho en una cantidad muy notable y había adquirido la capacidad de pasar de una fase a otra (del desconocimiento al conocimiento cultural; del conocimiento cultural al conocimiento natural) “acortando los tiempos”, con enorme facilidad. Era una persona con una extraordinaria competencia lingüística. Se me dirá que para eso era un lingüista. Pero es que no todos los lingüistas están dotados de esa capaci-

En fin ¿cómo era su actuación frente a eso que se ha dado en llamar “conflicto lingüístico”? Nunca le gustó interpretar la normalización en esos términos. Prefería interpretarlo como déficits que, en su diacronía, y por razones muy diversas, incluidas las políticas, las lenguas adquieren y que son susceptibles de compensación sincrónica cuando los hablantes o la sociedad así los reconocen y se ponen a remediarlos. Nunca puso el poder de acción y decisión fuera, como causa ni como remedio. Comprendía que está dentro, y porque está dentro puede causar cambios y remediar extravíos externos. Nada nos condena ni a la ignorancia ni a la impotencia.



Su historia personal es la historia de eso. Mitxelena no logra esa competencia lingüística extraordinariamente rica y esa actitud hacia las lenguas (las suyas y las de los otros) inusualmente sana porque haya tenido un entorno social privilegiado. Decía que su aula de estudio de bachillerato había sido *el topo* de Rentería, y la cárcel, su universidad. Esa fue su mayor creación: donde otros talentos se dispersan o se diluyen, y otros talentos se resignan o se frustran, él convierte el uso que le toca, por negativo que parezca, en uso positivo o, al menos neutro. Hace así lo más difícil: convertir al enemigo (la dificultad externa) en aliado de su objetivo de aprendizaje. No se queda atascado en la culpabilización hacia el otro ni hacia sí mismo: se libera tanto del pasivismo victimista (*hágalo usted por mí puesto que tiene conmigo una deuda histórica*) como del activismo masoquista, del auto-odio (*me gustaría hablar lo que no sé; en consecuencia lo que ya sé, no me gusta, o sea que me disgusta a mí mismo*). Tomó, en su temprana juventud, la responsabilidad de aprender lo que comprendía que le gustaba o que necesitaba. Y, en consecuencia, en la siguiente fase de su vida tomó la responsabilidad de compartir sólo (y todo) lo que a él le había servido, y de no rehusar nunca implicarse en compromisos sociales que se plantearan desde el mejorar lo que había, mientras se seguía buscando lo mejor, y no en sentirse impotente para cambiarlo o en pensar que era destruyendo todo como se cambiaba todo. “Lo mejor”, me dijo en una ocasión referido al trabajo intelectual “es enemigo de lo bueno”. Hoy, cotejándolo con el ejemplo de mis otros tutores, lo pondría en estereó así:

A lo mejor no se llega ni esperando interminablemente a Godot, ni haciendo tabla rasa a lo talibán. Lo mejor es un horizonte inalcanzable

hacia el que se camina dejando cada día las cosas mejor de lo que las encontramos el día anterior.

Pero para eso se necesita, es verdad, saber distinguir lo falso de lo verdadero, lo mejor de lo peor. Y esa sabiduría, en una época de absolutización del relativismo como la nuestra, es muy difícil de comunicar y de compartir, ni incluso para el lingüista que sabe que hay un límite gramaticalmente muy preciso entre lo correcto y lo disparatado, y que el “todo vale” lleva a la ruptura de la comunicación del sistema lingüístico propio y, lo que es más grave, del propio sistema universal de comunicación.

La diferencia entre un sabio y un memo no está en el número de libros que uno u otro haya leído. Tampoco en que uno tenga el monopolio del acierto y el otro del error. La diferencia está en que el necio nunca sabe cuándo está equivocado, y el sabio sí, a causa de lo cual el memo se equivoca cada vez más y el sabio acierta cada vez más.

El sabio no es alguien que lo sabe todo, o que sabe de todo, sino alguien que sabe qué es lo que sabe y qué es lo siguiente que le queda por saber, y se pone inmediatamente a aprenderlo. Mitxelena sabía que la lingüística es un terreno especialmente favorable para la sabiduría, porque es el terreno más propicio para la humildad: sepamos una sola o varias lenguas, son siempre muy pocas de entre las miles de lenguas que se hablan y se han hablado en el mundo, y aún lo que el hablante sabe de la que mejor sabe de ellas es una mínima parte comparado con lo que aún desconoce.

Sabio en ese sabio sentido, Mitxelena siempre fue muy humilde para proponer su propia

biografía lingüística personal como modelo de normalización. Pero precisamente porque no se consideró un superhéroe de las galaxias, sino un simple ser humano, pensó que lo que él, poco o mucho, pero a juicio de todos bastante satisfactorio, había logrado, lo había logrado en condiciones externas tan poco favorables que a poco que esas condiciones fueran mejores, deberían, en buena lógica producir cada vez mayor número de resultados lingüísticos satisfactorios. De hecho el que eso ocurriera sería la señal inequívoca de ir en el buen sentido de la normalización.

¿Está ocurriendo así? Incluso parcelando sus logros ¿su **aptitud** hacia las lenguas es hoy menos excepcional? ¿Su **actitud** hacia las lenguas, hacia el lenguaje humano en su conjunto de lenguas plurales y necesarias, es hoy más general? Independientemente de las opciones concretas de cada uno, con las que es legítimo, y hasta saludable, discrepar, **su forma de actuar**, de implicarse en los retos de su tiempo y su país ¿es hoy la normal? ¿Está produciendo, o intentando al menos producir algo de eso el modelo educativo, la política lingüística, los agentes sociales (los partidos políticos, las organizaciones sindicales o profesionales, los medios de comunicación...)?

Que cada uno mire alrededor y lo diga, Si sí, mi más sincera enhorabuena: están ustedes saliendo de la crisis, cualquier cosa que les digan esta noche por la televisión. Pero si no, si se está en eso peor que en vida de Michelena, la situación, objetivamente, desde la distancia que da la imparcialidad, es peor. Y ya sé que eso puede parecer paradójico porque cualquiera dirá que hay más conciencia lingüística o más conciencia política o más conciencia ecológica que hace treinta años, por no hablar de que hay más tecnología que permite un acceso a mayor información a mayor número de personas. Pero es que el problema está ahí y es ese. Decía Machado que “por mucho valor que tenga un hombre nunca tendrá un valor más alto que el hecho mismo de ser hombre”.

La humanidad y la conciencia, que son ambos sustantivos, son como esas sustancias que cuando se le añaden “aditivos” cambian no sólo su sabor, sino sus propiedades verdaderas, su valor nutricional.

Mitxelena no puede ser definido como un hombre con conciencia lingüística, o con conciencia política, o con conciencia social. Mitxelena ha sido, es y será un hombre con conciencia, que puso conciencia en lo que emprendió, y a quien su humanidad nunca le dejó pararse a mirar complacientemente al suelo y vivir de las rentas, sino que lo tuvo siempre subiendo la altura del techo para dejar una amplia cámara de aire encima de la cabeza. Cuando la cabeza se airea, no se marea.

La conciencia lingüística y la conciencia política, la conciencia religiosa, la artística o urbanística o, ya puestos a ello, tanto da, la conciencia gastronómica, pueden ser enseñadas de fuera, incluso pueden ser simplemente contagiadas, con muy poco esfuerzo personal por parte de uno. La conciencia, pura y simple, no. La conciencia es como ese viento, del que habla Jesús a Nicodemo, que se oye su voz, pero sólo dentro, y que no se sabe de dónde viene ni adónde va. Es una luz que aparece y desaparece cuando menos se la espera, como en el topo de Rentería, y donde menos se la imagina uno, incluso tras las rejas de una prisión franquista para prisioneros políticos. Y desaparece sin avisar. Eventualmente alguien aprende a reconocerla cuando se presenta, a acecharla cuando no está, y a seguirla cuando vuelve a aparecer. Y eventualmente ese alguien está bajo su tutelaje el suficiente tiempo como para arrancar de ese haz de luz, como si de una cesta se tratara, un recio cordel dorado y dejarlo atado al centro de su corazón, pendiente de cuando el hilo se tensa demasiado, soltarse, y cuando se suelta demasiado, ponerse en tensión. Y así en todos los vaivenes y altibajos de un largo viaje, no porque sea largo, sino porque vuelve a empezar todos los días. Es eso y no otra cosa lo que hace del hijo del cesterero de la Calle de Arriba no un erudito respetado, ni un intelectual de altura, ni un consejero imprescindible, o un hombre público, o un escritor polígrafo, ni un conversador ameno, o un polemista fogoso, ni un maestro inolvidable, ni siquiera un tutor irremplazable o un lingüista excepcional. Hace de él mucho más que eso: hace de él un Koldo Mitxelena.

Noara del Montgó, abril, 2015